RONSARD Y MACHADO

DEL «AUBÉPIN VERDISSANT» AL «OLMO SECO»

I. DOS POETAS

El poeta francés se llama Pierre Ronsard. Vive en la corte en años de triunfo. Estamos a mediados del siglo XVI. Las tormentas de la guerra han pasado, y en un mundo renaciente y libre, sueña para su patria con años de grandeza. El poeta francés ama entrañablemente los libros y las flores.

El poeta tiene un amigo, ligeramente mayor que él, teórico de la lengua y buen humanista. Este amigo muestra su vasto saber en unos versos en los que se ve palpitar su preocupación y su sabiduría. Ha desempeñado cargos importantes y corrido el mundo, pero prefiere a todo su rincón perdido en la provincia. Su nombre es Joachim du Bellay.

Ambos amigos son los representantes principales de un movimiento literario, «la Pléyade» que dejará un nombre glorioso en su país, al que aman más que a sus versos. De este amor dejarán muestra abundante en sus escritos.

El poeta cortesano, mimado, en plena gloria, admira la naturaleza dulce y magnífica de su patria con ojos serenos y felices. La tierra que les rodea es amena y verdeante, mimosa y dulce. Los bosquecillos frescos y apretados, morada de ciervos y de cabritillos ágiles; los prados cuajados de margaritas donde se escucha el bucólico rumor de las esquilas y los balidos de los rebaños. Su poesía está oreada por la brisa fresca. Jamás el abrasador estío nos angustia con calores que sofocan o torturan. La fronda es densa, los prados húmedos, las fuentes abundantes y límpidas:

«L'ardeur de la canicule
jamais tes rives ne brûle,
tellement qu'en toutes parts
ton ombre est épaisse et drue
aux pasteurs venant des parcs...»

... ...

... ...

«Forêt, haute maison des oiseaux bocagers,
Plus le cerf solitaire et les chevreuils légers...»

El poeta nos ha descrito sus amados paisajes cientos de veces. Y siempre sus versos respiran el verdor y la frescura que le rodean:

«Ici de cent couleurs s'émaille la prairie,
Ici la tendre vigne aux ormeaux se marie
Ici l'ombrage frais va les feuilles montrant...»

Un solo verso es de por sí un resumen de plácida belleza:

«Une fontaine, un pré, une montagne, une onde...»

La fertilidad y el verdor, la corriente de agua cristalina, están siempre presentes:

«Ciel, air, pentes, monts et plaines
Taillis, forêts, rivages et fontaines
Antres, prés, fleurs...»

Los nombres del bosque y del río que le son queridos, se unen a la enumeración de tanta belleza:

«Prés, boutons, fleurs et herbes roussoyantes,
Côteaux vineux et plages blondoyantes,
Gastine, Loir...»

Cuando el poeta está ya avejentado, cuando la muerte le ronda, y cuando su pobre cuerpo es un montón de huesos, un esqueleto vivo, como él mismo dice, ni siquiera se atreverá a mirar sus brazos, por miedo a temblar al verlos, y preferirá recordar una vez más su rincón querido verdeante y sus verdes años:

«Adieu forêts, adieu! Adieu le vert séjour
De vos arbres...»

O bien dirá con conmovedora nostalgia:

«Il faut laisser maisons et vergers et jardins»
... ...

Pero ocupémonos ahora de otro poeta. El poeta español se llama Antonio Machado. Vive en un rincón perdido y en años angustiosos. Estamos en el primer cuarto del siglo XX, y pasadas las tormentas de guerras desgraciadas que han mutilado su patria, en un mundo con turbios horizontes de borrasca, el poeta español se atormenta al contemplar su país torturado y ansioso. El poeta español ama de todo corazón los libros y las flores.

El poeta tiene un amigo, algo mayor que él, teórico de la lengua y buen humanista. Este amigo muestra su vasto saber en unos versos en los que se ve palpitar su preocupación y sabiduría. A veces ha desempeñado cargos importantes; otras vive en el olvido, pero prefiere a todo su rincón perdido en la provincia. Su nombre es:

«Unamuno
¡Oh el dilecto
predilecto...»

Ambos amigos son los representantes principales de un movimiento literario «el noventa y ocho», que dejará un nombre glorioso en su país, al que aman más que a sus libros y a sus versos. De este amor dejarán muestra abundante en sus escritos.

El poeta español no es cortesano, ni mimado, como el poeta francés, y en los años de los que hablamos tampoco se halla en plena gloria, ni en pleno triunfo literario. Admira la naturaleza hermosa, pero áspera de su patria, con ojos inquietos y tristes. La tierra que le rodea es dura, los árboles raros, el suelo calcinado y pedregoso, las montañas rudas y fieras, morada de cuervos y de águilas. Su poesía toda está atravesada por la áspera corriente del cierzo y el frío de las nieves, o a veces, lo que viene a ser igual, por ardorosas canículas que angustian y atormentan. A menudo el verano nos abrasa; la fronda es escasa, las fuentes secas, los prados pelados:

«Las tierras labrantías
como retazos de estameñas pardas»
... ...
«de cepas arrugadas en el tostado suelo
y mustios pastos como raído terciopelo...»

Un solo verso es de por sí un resumen de trágica belleza:

«Montañas, serrijones, lomazos, parameras...»

Esterilidad, desolación, sequía están siempre presentes:

«...Baldíos
llenos de peñas rodadas,
donde roída de buitres
brilla una osamenta blanca,
pobres campos solitarios,
sin caminos ni posadas,
¡oh pobres campos malditos...»

Los nombres de la región y del río que le son queridos, se unen a la enumeración de tanta trágica belleza:

«¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
Castilla...!»

... ...

«los grises serrijones
con ruinas de encinares y mellas de aluviones.
Las lomas azuladas, las agrias barranqueras,
picotas y colinas, ribazos y laderas
del páramo sombrío, por donde cruza el Duero...»

Y cuando el poeta está ya avejentado, cuando la muerte le ronda, cuando, quizá como Ronsard, no osaría siquiera mirar sus brazos por miedo de temblar, estamos seguros que la visión de estos campos sedientos, de las colinas violáceas, de las montañas calvas y cárdenas, se han presentado ante sus ojos. ¿Cómo podría ser de otro modo, puesto que los llevaba en su corazón...?:

«Oh sí, conmigo vais, campos de Soria...»

Ya que esta tierra fue la suya, porque así lo quiso:

«Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...»

II. EL ESPINO ALBAR

El poeta francés, ya lo hemos dicho, vive en años felices y gusta del campo, al que ama entrañablemente. Su felicidad presente le conduce a gozar del aire y de los trinos, a vivir la naturaleza con alegría y sin tortura. Como todo hombre dichoso es optimista; sin darse cuenta impregna con su salud todo lo que le rodea, y olvida rápidamente la desgracia, si por azar la encuentra en su camino radiante.

En su alegre caminar, en sus paseos despreocupados, un día hace un hallazgo. Ha encontrado un espino albar verdecido, floreciente. Planta gentil, arbusto en armonía con el paisaje lleno de dulzura. He aquí su transcripción fiel:

Bel aubépin verdissant,
Fleurissant,
Le long de ce beau rivage,
Tu es vêtu jusqu'au bas
Des longs bras
D'une lambrunche sauvage.

Deux camps drillants de fourmis
Se sont mis
En garnison sous ta souche:
Et, dans ton tronc, mi-mangé,
Arrangé
Les avettes ont leur couche.

Le gentil rossignolet
Nouvelet,
Avecques sa bien-aimée,
Pour ses amours alléger,
Vient loger
Tous les ans sous ta ramée.

Sur ta cime il fait son nid
Tout garni
De laine et de longue soie,
Où ses petis écloront,
Qui seront
De mes mains la douce proie.

Or vis, gentil aubépin,
Vis sans fin,
Vis sans que jamais tonnerre,
Ou la cognée, ou les vents,
Ou les temps
Te puissent ruer par terre.

Detengámonos un momento para analizar la transcripción ronsardiana. El espino albar es «*verdissant*», «*fleurissant*», y está situado «*le long de ce beau rivage*». Su tronco está ceñido por la abundosa verdura de la viña silvestre «*lambrunche*»:

...Vêtu jusqu'au bas
Des longs bras
D'une lambrunche sauvage...»

A pesar de su hermosa apariencia, el arbusto está enfermo, muy enfermo. Su tronco está «*mi-mangé*», y a pesar de todo se diría que para hacerle olvidar su inmensa desgracia, las piadosas «*avettes*» han «*arrangé*» allí su dulce casa de miel.

El «*gentil rossignolet*» con su «*bien-aimée*» lo escoge todos los años para abrigar sus amores, y por ello cuelga de él su nido adornado, limpio, cuidado, donde va a producirse el misterio siempre alegre de una vida que nace:

«*Sur ta cime il fait son nid*
Tout garni,
De laine et de longue soie»

El espino albar tiene miel, el espino oye la música de los trinos y de dulces gorjeos, sonrisas de los pajarillos en plumón.

Pero ¡ay!, que todo no es hermoso: un ejército de hormigas carcomen su cepa y las raíces del tronco ya «*mi-mangé*»:

Dex camps drillants de fourmis
Se sont mis
En garnison sous ta souche.

Sería vano enmascarar la agonía del espino albar: debe morir y será así fatalmente. Pero el poeta amable de los campos en flor, el poeta optimista intenta comunicarle su vida, su pujanza, su savia verde y bullente. Es cierto que entrevé que el rayo, la tempestad, el hacha tal vez, acabará fatalmente con la planta enferma y frágil. Pero aun así, él le dirije sus mejores votos y augurios, con la esperanza de que les sean propicios. Si se pudiera devolver la salud con las palabras, es seguro que no moriría. He aquí su deseo traducido en un grito:

«Or vis gentil aubépin,
Vis sans fin
Vis sans que jamais tonnerre,
Ou la cognée, ou les vents,
Ou les temps,
Te puissent ruer par terre...»

Vano deseo: *«vis sans fin»*. El poeta sabe, incluso si él finge ignorarlo, que todo tiene un final irremediable. Y el espino albar, que, a pesar de sus heridas mantiene enhiesta su gentileza, vivirá bien poco, debe rodar, sí, rodar por el suelo, bajo los ramalazos del viento, o los golpes del hacha, o la herida del rayo.

Después de haber transcrito su poema, treinta versos cantarines, el poeta se alejó, miró al cielo limpio, al agua clara, a la hierba tierna, respiró profundamente, y continuó cantando su alegría sin nubes, y olvidó para siempre al espino albar.

III. EL OLMO SECO

El poeta español, ya lo hemos dicho, vive años de angustia, pero gusta del campo, al que ama entrañablemente. Su angustia y abatimiento presente le mueven a pasear por los campos para intentar consolarse, para oir los trinos, para respirar un aire puro en medio de una naturaleza atormentada y salvaje. Como todo hombre abatido es un pesimista; su salud vacilante, sus negras meditaciones, quisiera aligerarlas, con todo lo que le rodea, incluso sin darse cuenta.

Pero la desgracia crece y se hace patente a cada paso, y cuando la halla presente en su penosa marcha, se clava con insistencia en su recuerdo. En su peregrinar doloroso, en su arrastrarse angustioso, un día hace un hallazgo. Alma sensible, no dejará de tomar nota de la impresión vivida. He aquí su fiel transcripción:

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas de alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Detengámonos un momento para analizar la transcripción machadiana. El olmo es «*viejo*», y está «*hendido por el rayo y en su mitad podrido*», y está situado «*en la colina que lame el Duero*». Su tronco está ceñido por la suciedad amarillenta del musgo:

«*un musgo amarillento*
le mancha la corteza blanquecina,
al tronco carcomido y polvoriento...»

Como tan trágica apariencia nos indica, el árbol está enfermo, muy enfermo. Su tronco está «*carcomido y polvoriento*», y por ello las codiciosas hormigas y las sucias arañas han urdido sus telas, para mejor poner de relieve su desgracia, con sus «*telas grises*», y con el «*ejército de hormigas en hilera*» que «*va trepando por él*».

El pardo ruiseñor no vendrá a habitarlo, como hace con los álamos cantores, sanos, que orlan el camino y el río. El olmo ruinoso, casi muerto, no conocerá la alegría de los trinos:

no será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores».

El olmo viejo tiene telas de araña que le roen las entrañas, el olmo podrido está mudo. Las hormigas van y vienen a lo largo de su tronco sucio. Todo es desolación, tristeza, muerte.

Como única contrapartida, la primavera piadosa, las lluvias bienhechoras de abril y el sol generoso de mayo, han fingido ignorar su podredumbre, y le han regalado, han colgado de sus ramas la inútil gracia de unas hojas verdes:

«con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido...»

Y el poeta, el angustiado poeta de los campos trágicos, el poeta pesimista y enfermo quiere que la primavera le haga el regalo también a él, la caridad de unas hojitas verdes: ilusión de vida. Ciertamente que entrevé que el rayo, el huracán, el resuello brutal arrancarán finalmente, sin tardar, la planta enferma y frágil. Pero, por si ello pudiera servir de algo, aquí están sus mejores deseos, sus augurios, su anhelo de compartir con el árbol roto su ilusión de vida, sus hojas verdes de unas semanas. Si se pudiera devolver la salud con las palabras su corazón desgarrado no moriría. Y he aquí su deseo traducido en un grito:

Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida
otro milagro de la primavera.

Deseo vano, porque el poeta sabe bien, incluso si finge ignorarlo, que todo tiene un final irremediable. Y el olmo seco, que incluso podrido mantiene enhiesta su gentileza, vivirá muy poco, puesto que rodará, sí, rodará por el suelo, bajo los ramalazos del viento, o los golpes del hacha, o la herida del rayo.

Después de haber transcrito su poema, treinta versos de dolorosa adjetivación, graves, el poeta se alejó, miró al cielo cárdeno, al agua triste, a la hierba raída de sus paisajes, respiró hondo y siguió cantando su angustia con densos nubarrones; y porque en aquellos días precisamente, una vida amada estaba en peligro, jamás olvidó el árbol desgarrado, y su recuerdo está presente en varios de sus poemas:

«...en el olmo viejo hendido
por el rayo, la colmena...»

Y en otra ocasión:

Y ese árbol roto en el camino roto
hace llorar de lástima.
¡Dos ramas en el tronco herido, y una
hoja marchita y negra en cada rama...!

IV. RONSARD EN SORIA

El poeta español no era cortesano. Era:

«humilde profesor
de un Instituto rural...»

profesor, él mismo nos lo aclarará «*de lenguas vivas*». Y he aquí que el poeta español, el catedrático del Instituto de Soria, don Antonio, sabe llenar bien sus horas. Las horas en Soria son muy largas, cunden mucho. Cuando se tiene el alma limpia, y cuando tras las clases no se va a la tertulia del casino provinciano, las horas son provechosas y pasan de vagar.

Don Antonio se pasea por el campo. Lee mucho, escribe versos. Don Antonio, profesor de francés, lee los clásicos del otro lado de los Pirineos. No lo hace por un frío deber profesional. Es una comunión calurosa. El catedrático de francés de Soria es un enamorado del campo y pasea a menudo por él. La tierra que rodea Soria, la ciudad en cuyo Instituto está destinado, es de una tristeza y de una austeridad soberanamente hermosas. Don Antonio ama lo hermoso y ama los libros. Entre ellos tiene, naturalmente, sus predilectos, los autores a los que distingue con su amistad, con su trato y devoción sincera. Hace versos:

> «*Adoro la hermosura y en la moderna estética*
> *corté las hojas viejas del huerto de Ronsard...*»

Y aquí tenemos a Ronsard en Soria. El poeta cortesano francés de mediados del XVI, gustado por el catedrático español del 98.

Un día, don Antonio en sus paseos, vio el olmo hendido por el rayo. Su agilidad, sus lecturas, el sedimento de nuestros ocios que todos llevamos dentro, presentaron súbitamente ante él al espino albar de Ronsard. Como el olmo viejo, también él estaba al borde de un río, también era surcado por un ejército de hormigas en hilera, también él se habría de convertir en un poema de treinta versos.

Pero Soria, aquella tierra, no era el bosque de Gastine, ni el Duero era el Loira. Por ello en el olmo viejo no hay ruiseñores, ni sedoso nido. Hay telas de araña, musgo, podredumbre: belleza también, pero al modo trágico.

¿Qué prefieren ustedes? ¿Qué es mejor? ¿Qué vale más?

Da igual. Cada cosa en su lugar y tiempo. Dos poemas muy semejantes y totalmente opuestos.

Ronsard estaba en Soria. Don Antonio, tal vez sin sospecharlo, lo iba siguiendo: igual en sus semejanzas, paralelo en sus diferencias. Diferencias entre Turena y Castilla, el verde y el ocre, la flor y el guijarro, la «Pleïade» francesa y el «noventa y ocho» español, la despreocupación riente y ligera y la angustia profunda y preocupada, el poeta cortesano y el profesor provinciano, la felicidad y una vida querida que se nos escapa. He aquí la distancia y la proximidad, todo lo que une y separa al espino albar verdeante de Ronsard, y al olmo seco, hendido por el rayo de Machado.

LUIS CORTÉS VÁZQUEZ

Universidad de Salamanca.

NOTA.—No creemos necesario indicar las referencias de las citas ronsardianas y de Machado, por ser fácilmente accesibles.

En cambio sí queremos consignar lo siguiente.

El poemita del «*aubépin verdissant*» tiene al menos dos versiones. Una, la que manejó indudablemente Machado, y que es la que hemos transcrito nosotros. Otra, que fue la que publicó Ronsard en el texto definitivo, corregido por él, de 1584.

Las variantes entre ambas son las siguientes:

En la primera estrofa está cambiado el principio:

Bel aubépin, fleurissant
verdissant...

La segunda es así:

Deux camps de rouges fourmis
se sont mis,
en garnison sous ta souche;
dans le pertuis de ton tronc
tout du long
les avettes ont leur couche.

La tercera:

Le chantre rossignolet,
nouvelet,
courtisant sa bien-aimée,
pour ses amours allèger
Vient loger
Tous les ans en ta ramée.

La cuarta:

Sur ta cime il fait son nid
tout uni
de mousse et de fine soie
(el resto igual).

La quinta es idéntica en ambas versiones.

Añadamos, finalmente, que esta «odelette» tan célebre y celebrada, no es, como en tantas docenas de ocasiones, original de Ronsard, sino que, a través de Marot, de donde la tomó, procede de la lírica medieval francesa. Cf. LAUMONIER, *Ronsard poète lyrique*, p. 690, n. 1.